

Mi responsabilidad con el arte del teatro

(Discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa,
Universidad de Puerto Rico, 2016)

Dean Zayas
Doctor Honoris Causa
Departamento de Drama
Universidad de Puerto Rico

1959

La hilera de palmas reales a ambos lados de la vereda señala el camino hacia la Torre de la Universidad.

La Plaza Baldorioty, y detrás de un edificio que albergó las primeras actividades teatrales que forjaron el Departamento de Drama, el Teatro. ¡El imponente Teatro de la Universidad de Puerto Rico! El lugar que fue el más importante para mí, el más importante en mi vida y al que hoy regreso no a escenificar un clásico del teatro universal, mucho menos a actuar sobre las tablas de su escenario, ni como en un pasado remoto a dictar una de aquellas mis primeras clases de actuación a mitad de la década del sesenta del pasado siglo.

¡He dicho el pasado siglo! Por tanto, son dos. ¡No sabía que yo podía durar tanto sobre la tierra! Y afortunadamente vivir la mayor parte de esos siglos en la Universidad de Puerto Rico haciendo lo que siempre he preferido hacer, y a lo que he dedicado esta vida. Una vida de compromiso con la docencia y con un Departamento que prometí defender a maestros que ya pasaron a mejor vida. Pero, que no por eso han dejado de estar presentes en ésta y en especial en este momento y en este escenario.

2016

Hoy mis compañeros claustrales me honran con el grado de Doctor

Honoris Causa. Un regalo que me llena de genuina alegría porque reconozco que sin su respeto y cariño este reconocimiento no se hubiese dado. Mi deuda eterna a mis admirados y respetados colegas del Departamento de Estudios Hispánicos, departamento al que me unen grandes afectos y recuerdos por su iniciativa, a los del Departamento de Drama y los compañeros de la profesión que endosaron mi nominación al grado con sus cartas que son testimonio de su generosidad. Sin sus acciones, este reconocimiento a cincuenta años de labor docente, nunca hubiese sido posible. A todos ustedes, mi eterno agradecimiento. La generosidad es algo olvidado, y por eso no deja de asombrarnos y a momentos sobrecogernos.

1960

Este escenario está lleno de recuerdos. Este edificio guarda imágenes y sonidos que solo yo puedo evocar en este momento. Me llegan las voces de mis primeros maestros que más tarde fueron mis colegas sin olvidar nunca quienes eran y lo que les debía. Rafael Cruz Emeric, Edwin Silva Marini, Helen Sackett, Gloria Arjona, Maricusa Ornes y Nilda González. De todos ellos aprendí a respetar y a amar el teatro. Sobre todo el teatro en la Universidad con su Teatro Universitario y su Teatro Rodante. Aprendí que nada se podía lograr en esta vida sin compromiso y sin disciplina. Aquí en este edificio se originó el movimiento hacia un teatro profesional puertorriqueño y su historia y la contribución que a lo largo de ochenta años ha hecho al país aguarda el libro que lo coloque en su justa perspectiva.

Y recuerdo; ¡Y soy feliz! ¿Verdad, Victoria Regina?

Aquel grupo de futuros teatristas reunidos a las tres de la tarde en este escenario se dividió en dos. Los de primer ingreso fuimos con Gloria Arjona a reunirnos en el sótano del teatro en el recién inaugurado “Teatro Experimental” con *La espera*, ópera prima del entonces todavía estudiante Luis Rafael Sánchez. Y allí en aquel espacio, de la mano de la gran actriz y profesora entré al mundo del teatro del Siglo de Oro español para ya nunca volver a salir de él. Fue amor “a primer encuentro” que se convirtió en eterno. Allí conocí primero a Cervantes y luego a Lope.

Amor, no te llame amor,
El que no te corresponde,
Pues que no hay materia adonde
No imprima forma el favor.

Fueron cuatro maravillosos años universitarios en los que no me permití dejar de conocer. De descubrir a través de los textos y gracias a grandes maestros, las civilizaciones de la Grecia y la Roma antigua, el Medioevo, el Renacimiento, el Romanticismo y los pensadores modernos. Sófocles, Esquilo, Hegel, Marx, Dostoyevski, Goethe, Dante empujaron mi imaginación a mundos desconocidos hasta entonces para mí. De la mano de Ada Suárez, Josefina Lube de Droz, Don Domingo Marrero, Víctor Meléndez, volé en mi “Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería”. Un año después aparecería en mi camino el gran mago de mis cuentos de niño: Francisco Manrique Cabrera. A él le debo mi encuentro con la literatura patria, con Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez. Recuerdo haber llorado leyendo *El contemplado*, los poemas de Julia de Burgos y *Tiempo Muerto* de Méndez Ballester. Manrique Cabrera me regalaba libros todo el tiempo y yo los leía. Había aprendido de otro gran maestro, José Emilio González, que el recibo de un libro significaba el compromiso ineludible de leerlo. Y yo leía. Todavía lo hago. Y fue Manrique Cabrera quien me llevó al camino de los estudios hispánicos, camino que ya Gloria Arjona me había señalado. Pedí permiso para asistir a las clases de Doña Margot Arce sobre Fray Luis De León, a las de Don Federico de Onís sobre “El Quijote” en el Departamento de Estudios Hispánicos, las de Nilita Vientós, las de Don Miguel de Ferdinandy, Piri Fernández en Literatura Comparada y allí tuve la fortuna de ser alumno y amigo de Robert Lewis. En aquella su clase de “Teatro Moderno” entré al mundo de los grandes dramaturgos europeos y memoricé cada una de sus palabras. Todavía hoy vienen a mí cuando más las necesito. Los análisis de los textos de O’Neill, de Tennessee Williams, de Paul Claudel, T. S. Elliot y de Brecht por Robert Lewis dejaron una marca indeleble en mi pensamiento. Jamás olvidaré a Aurora de Albornoz y a Iris Zavala a quienes viviré eternamente agradecido por presentarme a Machado, Hernández, Unamuno, Camus y a Sartre entre otros y por su amistad.

Héctor Estades en la Facultad de Ciencias Sociales me presentó a Joseph Conrad y las novelas de Saint Exupery, de quien yo creía que solo había escrito *El principito*; Ángeles Pastor me llevó de su mano hacia el mundo de la literatura infantil en la entonces Facultad de Pedagogía y luego el abrazo de Esther Feliciano Mendoza en el “Círculo de Humanidades”.

Tuve el honor de ser miembro del estudiantado que tomó el primer curso que Luis Trelles dictó en la universidad sobre historia del cine. Aún conservo aquellos apuntes y el libro, una publicación del “Fondo de Cultura Económica de México”. El curso de Trelles caló tan hondo en mí que cuando iba a continuar mis estudios hacia la maestría, solicité al departamento de estudios de cine en una universidad de California. La aceptación para la Universidad de Nueva York llegó primero acompañada de una beca y allá fui. Pero no traicioné del todo a Trelles. En NYU tuve la suerte de estudiar con el legendario Rouben Manoulian, quien dirigió a Greta Garbo en *Queen Christina* y con Elia Kazan de quien yo era fanático antes de conocerlo. De alguna manera, y como se decía en mi barrio de Caguas, “*por carambola*”, eso me iguala a la Garbo y a Marlon Brando, ya que fui dirigido por ambos directores en sus clases.

Sin embargo, mi relación con estos maestros fue mucho más allá del salón de clases. Se podría decir, sin faltar a la verdad, que creé una dependencia con alguno de ellos. Les visitaba, hablaba con ellos, pero más importante les oía hablar. Absorbía cada una de sus palabras y me consideraba muy privilegiado.

Tardes en casa de los Enjuto donde Aurora nos hablaba de la poesía de César Vallejo, José Hierro, de León Felipe, de Baudelaire, de Rimbaud... sábados con José Emilio González en casa de Doña Mila recordando la actividad cultural de la ciudad de Nueva York en los cincuenta, y los existencialistas franceses, el teatro de Sartre, de Camus, de Genet, Ionesco, de Samuel Beckett, su relación con nuestros poetas y poetisas puertorriqueñas. La biblioteca de Piri Fernández! Oírla leer con aquel disfrutar de la palabra, su dicción y su voz; llena de teatralidad toda ella... Repito, mi educación universitaria se extendió siempre fuera del salón de clases. Como también la de mis compañeros universitarios de aquellos años. No nos perdíamos el “Cine

Foro” de los miércoles en el “Anfiteatro de Estudios Generales”, hoy Teatro Julia De Burgos, con su oferta de los grandes realizadores europeos. Los neorrealistas italianos Visconti, De Sica, Antonini, Fellini, Rosellini; los franceses Renoir, Clement, Bresson, y por supuesto, Igmarr Bergman. Los ensayos en la mañana del maestro Casals para el concierto de esa noche en el Festival; las conferencias de algún visitante casi siempre invitado por el Departamento de Estudios Hispánicos, las exposiciones de Rodón, Tufiño, Balossi, Marín... Los profesores nos alentaban a asistir a estas actividades que complementaban y completaban nuestra educación universitaria. Yo tuve la suerte de hacer vida universitaria más allá del “Vidys” y del “Ocho de Blanco”.

Volver a este escenario, a este teatro a recibir esta distinción de parte de mis compañeros claustrales y de las autoridades universitarias, no es fácil. Es volver al espacio que consideramos nuestro por muchos años y del que fuimos echados por ideas fantasiosas, que como toda fantasía no se lograron y provocaron lo que la entonces directora del Departamento bien llamó “*la crisis del desalojo*”. Me perdonan esta nota desagradable dentro de tantos recuerdos agradables. Pero como dice “La raposa” a “la mozuela” en Ligazón de Valle Inclán: “... *yo me asigno el texto. Que con la verdad no condeno mi alma*”. Entonces, empecemos como dice “Antígona Pérez”: por donde se empieza siempre. Nombre: Dean Zayas. Edad: la más importante para mí, cincuenta años de vida universitaria.

1959

A las tres de la tarde, un lunes del mes de agosto, pasé a este escenario para recibir mi primera clase de actuación. Muchos rostros y algunos nombres me quedan de ese primer encuentro. Algunos de ellos iban a ser mis compañeros en la escena profesional y en los inicios de “Teatro del Sesenta” en el Teatro del Ateneo Puertorriqueño. Mi primera participación como actor en el Departamento de Drama fue en el Teatro Rodante como uno de los mozos de *La zapatera prodigiosa* de Federico García Lorca.

Con el Rodante recorrí plazas de pueblos, barrios de las montañas, residenciales públicos y en el tercer año de mis estudios de bachillerato a la Republica Dominicana en el primer viaje que hacía el

Departamento de Drama fuera de Puerto Rico. Con el tiempo, ineludiblemente, me enamoraría de la idea de llevar teatro al pueblo a través de Teatro Rodante.

Junto a la Commedieta Universitaria, al Teatro Universitario, fuimos los representantes de la Universidad de Puerto Rico, (entonces no existía otra) en los recién iniciados “Festivales de Teatro Puertorriqueños” y en múltiples eventos públicos. ¿Quién me iba a decir que años después iba yo a dirigir la agrupación que el 1946 ideó Leopoldo Santiago Lavandero inspirado en “*La Barraca*” de Federico García Lorca, y que realizó su alumno de entonces Rafael Cruz Emeric sobre un remolque que hizo historia en y fuera de Puerto Rico?

En 1967 ponía en escena, con Idalia Pérez Garay en el papel principal, *La posadera* de Carlo Goldoni, mi primer trabajo para el Rodante. La producción se mantuvo en el repertorio del Rodante, como era la costumbre, por varios años, y junto a Idalia Pérez Garay, Belén Ríos, Fernando Aguilú, Rosa Luisa Márquez, Jorge Rodríguez, Florita Pérez Garay y Sharon Riley, estudiantes entonces, profesionales hoy, formaron parte de aquel elenco.

En el 1976 fuimos a El Paso, Texas a competir en el “Primer Festival de Teatro del Siglo de Oro Español” con *Los melindres de Belisa* de Lope de Vega. Ganamos todos los primeros premios en todas las categorías. En el Festival de 1981 fuimos elevados a la categoría de “grupo profesional” y volvimos a ganar con *Casa con dos puertas, mala es de guardar* de Calderón, acompañados en vivo con música y músicos seleccionados por Luis Enrique Juliá y una coreografía de Gilda Navarra. La historia se repitió por varios años pasando por el grupo de actores muchos de los profesionales que hoy en día se destacan en la escena nacional. Recuerdo a la mayoría de ellos porque significaron y significan mucho para mí y por su contribución a la eterna lucha por mantener el teatro vivo en Puerto Rico. No menciono sus nombres por temor a omitir alguno, y además porque estaríamos aquí hasta mañana, ya que la lista lee como una de aquellas guías telefónicas hoy en desuso al ser reemplazadas por el teléfono móvil.

El 1984 trajo nuestra consagración como el único grupo estudiantil que participara junto a reconocidos grupos profesionales europeos en el “Festival de Teatro Clásico de Almagro” en La Mancha, España.

Mi impresión más duradera del acontecimiento fue la presencia del entonces “Rector” del Recinto, el Arq. Antonio Miró Montilla en la Jornada desde Barajas a Almagro. Traía a mi memoria a un Don Jaime Benítez, fanático del teatro quien siempre pedía permiso para ver los ensayos del Teatro Universitario, y parte del público del estreno, mi inolvidable Elba Arrillaga de De la Torre, Luz Minerva Betancourt y Carmelo Santana. Fuimos la sorpresa del festival y el público agotó todos los boletos de entrada al teatro para nuestras próximas representaciones. Con *Habládme en entrando* de Tirso de Molina nos insertamos una vez más en la historia de los festivales de teatro, y esta vez en España a donde hemos sido invitados a participar una y otra vez en eventos tan importantes como el de Las huellas de la Barraca en 2007 y 2009.

Mi pasión por el teatro de los Siglos de Oro ha ido un poco más allá de los montajes. Quiero pensar que en cierta forma esta medida influyó en un hoy Dr. Carmelo Santana a investigar con seriedad y entusiasmo el teatro áureo y en especial el de Tirso. En José “Cheo” Oliveras a fundar al este de la ciudad de Nueva York el Teatro Círculo en donde se escenifica preferentemente el mejor teatro clásico en el idioma español. Y en sinceras palabras de los hoy profesionales muchos de ellos aquí presentes, cuando me expresan su deseo de volver al Rodante a hacer teatro de los siglos de oro. Creo que me excusarán si les confieso que me siento un tanto orgulloso. Es un sentimiento que nos llega a los profesores cuando nos enteramos de un triunfo como el de Julia Thompson, María Eugenia Mercado e Israel Franco Müller y nuestros estudiantes en el “Fringe Theatre Festival” en Edimburgo, Escocia, y luego al ser galardonados con los primeros premios para la Universidad de Puerto Rico en el Kennedy Center American College Theatre Festival en 2013.

El Departamento de Drama de la Universidad de Puerto Rico ha sido escuela y espacio de entrenamiento de los oficios del teatro desde sus comienzos hace ya casi ocho décadas. El entrenamiento ofrecido a sus egresados ha asombrado e impresionado a cientos de directores y profesores de las escuelas y universidades más prestigiosas de Estados Unidos de Norte América, de América del Sur y de Europa al ingresar los nuestros en sus programas graduados.

Y al hablar de programas graduados no puedo evitar dejar de pensar con tristeza en las veces que se ha intentado crear un programa graduado en Teatro en el Departamento de Drama, sin lograrlo debido a intereses mezquinos que desde adentro han impedido por razones aún desconocidas e incomprensibles, la creación de un programa de maestría. Yo sigo soñando con la “Escuela de Drama” de la Universidad de Puerto Rico. Pero en palabras de mi gran amigo William Shakespeare “Lo que está hecho no puede deshacerse”.

El Departamento de Drama de la Universidad de Puerto Rico es reconocido como uno de los mejores centros de entrenamiento teatral del mundo.

Hoy es un día para los recuerdos. Los rostros y la presencia de compañeros, amigos y de mis estudiantes de tantos años, las múltiples muestras de apoyo y de cariño me obligan a recordar. A llevarme conmigo momentos que calaron hondo en mi vida, la mayoría de ellos en este espacio, y que me acompañaran siempre, siempre, como “*Euménides*” de la gran tragedia de Esquilo. Ustedes saben que les amo y tal vez por eso agradezco su presencia aquí en este momento que quizás tenga mucho más significado para ustedes que para mí.

En estos cincuenta años de vida universitaria, mi primer compromiso ha sido con la educación de los cientos de estudiantes que acudieron a mis clases en busca del secreto que les llevaría a ser los mejores artistas del teatro. Tal secreto, no existe. O al menos, yo lo desconozco o no lo he encontrado. Sólo sé que existe el compromiso y la disciplina. Lo del talento, queda todavía por definirse.¹

¹ Lección de aceptación del Doctorado Honoris Causa en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico.